

RESEÑAS

CARLOS CASTILLA DEL PINO (comp.), *La sospecha*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, 164 pp.

En las primeras líneas de su *Benito Cereno*, Herman Melville presenta al capitán de marina Amasa Delano, «persona de naturaleza singularmente confiada que no tendía, excepto a causa de extraordinarios y reiterados motivos, y aun así difícilmente, a permitirse sentimientos de alarma que implicaran de alguna manera la imputación de perversa maldad en el prójimo». Al instante queda claro para el lector que Delano, incluso al mando del más armado de los buques, puede estar más inerte en este mundo que el viejo ratón de la fábula de La Fontaine, el cual, «como era experimentado, sabía que la desconfianza es la madre de la seguridad». Esa impresión se ve corroborada inmediatamente por la retórica que gasta Melville para evitar describir la columbina candidez del capitán Delano en términos de la más plana estulticia: «A la vista de todo lo que es capaz el género humano, mejor será dejar en manos de los entendidos determinar si tal característica supone, junto a un corazón benevolente, algo más que la normal rapidez y precisión en la percepción intelectual».

Como si respondiese a la demanda de Melville, en 1994 el profesor Castilla del Pino reunió en su seminario veraniego de Antropología de la Conducta a otros cinco expertos para tratar sobre uno de los temas protagonistas de la llamada postmodernidad: la cuestión de *la sospecha*. Y si acotamos su protagonismo en esa época es porque la mayoría de los coautores así decidieron hacerlo, pues la dialéctica entre la confianza y sus parientes —benevolencia, ingenuidad, estupidez— y la desconfianza y los suyos —sospecha, suspicacia, paranoia— ha mantenido en tensión la historia entera de la Humanidad, desde el Laocoonte de la *Eneida* («No os fiéis del caballo, troyanos. Algo pasa; temo a los griegos incluso cuando ofrecen dones») hasta la inscripción del anillo de Merimée («Acuérdate de desconfiar»). El feudalismo medieval intentó estructurarse sobre la palabra dada, vano intento que fracasó al complejizarse comercialmente la sociedad. Gracián recupera la cautela («Oye a todos y de ninguno te fiés») y Quevedo el desengaño («El mayor despeñadero, la confianza»). Privilegiar la sospecha llega a hacerse desconcertante, como se aprecia también en las *Reflexiones* de La Rochefoucauld, cargadas de ambivalencia entre la necesidad de confianza y cooperación, por un lado, y la convicción de que la reserva y el engaño son el otro fundamento de lo social; aún más: que la intención de no engañar nunca sólo nos expone a ser engañados con frecuencia.

Pero dejemos esos viejos libros y volvamos al que nos ocupa. En su capítulo primero, «Sospecha, suspicacia, *paranoidia*», Castilla del Pino desgrana con el rigor metodológico que le caracteriza la fenomenología de esos tres grados de la desconfianza. Definida la relación interpersonal como «relación incierta», pues uno no puede saber la intención del otro, la información que demos u obtengamos se convierte en dependencia o en poder. La vida en común, por tanto, deberá organizarse según un «principio de confianza», nunca total ni invariable, es decir, casuista, pero salvador en general del bloqueo que supondría la reserva absoluta, amén de preservarnos del descarrilamiento paranoico. «Tanto la confianza cuanto su opuesta, la desconfianza, son *actitudes básicas*», constantes del sujeto; en los sujetos sanos, esto es, suficientemente plásticos, «la estrategia inteligente consiste en dar con el grado justo de la confianza que se precisa para determinada interacción». La sospecha *sana* se distingue de la suspicacia enfermiza por su plausibilidad, por basarse en indicios y por su focalización; por el contrario, la suspicacia es para el autor una teoría —previa a indicios y generalizada— acerca de la hostilidad constante de cualquier otro ser humano. Sobre esta definición construyó Castilla hace años su concepto de *paranoidia*, que describe «el paso, muchas

veces insensible, de la suspicacia al delirio persecutorio o de alusión (en términos generales, delirio de referencia: *Beziehungswahn*). Este sutil concepto de *paranoidia* recordará a los clínicos los «fenómenos elementales» clérambaultianos, y dado que la definición de Castilla para la suspicacia ya está bastante inclinada al lado de lo patológico, quizá no dejarán de preguntarse si *ver* ese imperceptible paso no será un privilegio exclusivo de la especial mirada del maestro de La Gendarmerie.

En el capítulo 2, «La invención de la sospecha», Justo Navarro da otra vuelta de tuerca a la desconfianza en acción. Apoyado en la novela de Simenon *El noviazgo del señor Hire* (1933), muestra cómo en determinadas circunstancias la propia sospecha fabrica al sospechoso y, sin más, le significa ante los otros como culpable. Así, un ciudadano extravagante, *diferente*, se hará reo de un crimen que no ha cometido sólo por pretender vivir su diferencia en soledad. (La vigencia actual del *pecado de soledad*, estigmatizado en el Medievo, denota que la postmodernidad no es tan moderna como algunos creen).

«El ladrón de hachas», un cuento del *Lie-Tseu*, da pie a Gonzalo Abril para plasmar en el capítulo siguiente una «Introducción a los aspectos cognitivos, afectivos y sociales de las sospechas». Mediante elementos semióticos, lingüísticos y narratológicos, profundiza en una *fenomenología fina* de la sospecha (muy sugerente para ser aplicada a la clínica de la paranoia, aunque el autor va por otros derroteros), describe su épica y su «antiépica» (búsqueda de la verdad y producción de apariencias, respectivamente), y relativiza las diferencias entre sociedades premodernas y modernas basándose en las relaciones entre «prefianza» y «defianza».

El tema de la sospecha tiene también línea directa con lo siniestro. Jesús González Requena, en «La sospecha, entre la verdad y el horror (De Sherlock Holmes a *El silencio de los corderos*)», combina semiótica y lacanismo para analizar, sobre todo en el *film* de Demme, cómo *lo real* se infiltra en los productos de la modernidad. La exaltación de la máquina pensante tiene en Sherlock Holmes un curioso y deshumanizado precursor, culminando en el *viaje iniciático* de la agente Clarice Starling con escala en la atracción que el horror ejerce. La sustitución del héroe tradicional por el psicópata permite a González Requena asociar la proliferación de esa figura en la cultura de masas con la inversión siniestra de la función del padre simbólico (función necesaria para la constitución del sujeto), relato primordial que la postmodernidad dice no creer pero cuya reaparición —aun a través de lo siniestro— indica que sigue vivo, «sosteniendo de manera latente nuestro universo cultural».

En el penúltimo capítulo, Guillermo Rendueles reflexiona sobre los conflictos que surgen entre «El paciente simulador y el terapeuta crédulo», partiendo de la quiebra de confianza como experiencia común al positivismo terapéutico y al psicoanálisis. Wittgenstein, Nietzsche, Foucault, Darwin, Huxley, las novelas de detectives, el DSM-III y, naturalmente, Freud, son algunas de las referencias que el autor pone en juego, y aunque su lectura de Freud siempre tiende a parecernos demasiado fragmentaria, la vehemencia de Rendueles al sustentar su escepticismo siempre resulta un espectáculo esclarecedor de algunos rincones de la psiquiatría próximos a su *línea de sombra*.

Por último, el libro se cierra con un sexto artículo debido a Lluís Álvarez, «Sospecha de la Filosofía». La profundidad y el sentido del humor que conforman este breve capítulo convertirían en un crimen cualquier intento de resumirlo. Baste decir que esboza una historia de la «Filosofía de la sospecha», de inicio datable en 1964 con el famoso discurso de Foucault en el VII Coloquio de Royaumont (su tema, los tres «maestros de la sospecha»: Nietzsche, Marx y Freud), pasando después a la hermenéutica de Ricoeur. Para Álvarez, el debate filosófico de los últimos veinticinco años no ha conducido a la posibilidad de concebir una antropología integrada. La sospecha de la razón clásica (sustituída hoy por el lenguaje), la sospecha de la sospecha y la destrucción de la destrucción, le llevan en sus líneas finales a postular una serie de «misterios que la filosofía ha de interpretar y ha de enseñar a vivir»: el sentido de la vida, el problema del mal, del más allá, de la injusticia, de la infelicidad; pero también «la clave del bien y de lo bien hecho, el misterio de la alegría y de la fortuna, los símbolos del tiempo y de la naturaleza. De eso ha de seguir tratando cualquier

RESEÑAS

filosofía más allá de toda sospecha». Diríamos también: más allá de toda certeza. Pero cerca de Delano y del ratón.

Ramón Esteban Arnáiz

Servicios Provinciales de Salud Mental. Valladolid

NICOLÁS GARCÍA TAPIA, *Los veintiún libros de los ingenios y máquinas de Juanelo, atribuidos a Pedro Juan de Lastanosa*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Educación y Cultura, 1997, 271 pp.

Desde 1979, año en el que el autor fecha sus primeros contactos con la figura de Juanelo Turriano, hasta la publicación de esta obra, en la que da a conocer de manera pormenorizada y fundamentada sus conclusiones respecto a la autoría de este ya legendario tratado de maquinaria e ingeniería hidráulica, han transcurrido dieciocho años. Cuando una investigación se dilata en el tiempo tanto como ésta el lector no puede evitar preguntarse a qué es debido. La respuesta la proporciona el propio autor no sólo en la introducción, como es habitual, sino a lo largo de todo el libro, pues es evidente que una reflexión tan minuciosa como la que García Tapia nos ofrece página a página sólo puede ser el fruto de años de tesón y de rigor metodológico en la investigación histórica.

En contra de lo que pueda pensarse a raíz del título, no se trata de una edición facsímil de la célebre obra, sino de una exposición razonada de los argumentos que conducen a García Tapia a sostener que el auténtico autor de *Los veintiún libros ...* fue el aragonés Pedro Juan de Lastanosa, argumentación que sigue casi capítulo a capítulo del original e incluye fragmentos del texto así como las ilustraciones oportunas. La seriedad de la investigación es tal que apenas cabe hacerle reparos. Tal vez, el que en ocasiones, llevado por su empeño en demostrar rigurosamente su teoría, el lector se sienta como un juez ante el cual el abogado eleva su alegato, pues tal es el afán del autor por convencer que en algunos momentos se agradecería un respiro, aunque sólo fuese para después reanudar la lectura con más fuerzas. Posiblemente esta actitud «a la defensiva» que en ocasiones se detecta en el estilo se deba a las circunstancias que rodearon a la investigación misma.

Como es sabido, en el transcurso de ésta se produjo un enfrentamiento entre la postura sostenida por el autor a favor de la autoría de Lastanosa y la mantenida por el también prestigioso historiador de la técnica José Antonio García-Diego, quien pasó de mirar con buenos ojos esta hipótesis a rechazarla categóricamente basándose igualmente en argumentos históricos de signo opuesto. No es este el sitio para reavivar lo que debió de ser una desagradable disputa. García-Diego, creador de la Fundación Juanelo Turriano, ya no está entre nosotros y no puede replicar una vez más a García Tapia, pero además éste se lo ha puesto muy difícil a quien desease hacerlo. Sin embargo, no es ésta una objeción que disuada de su lectura, más bien al contrario, pues conociendo las circunstancias que rodearon la investigación cabe comprenderla y valorarla más justamente.

Más allá de la finalidad evidente para la que la obra fue concebida, es decir, exponer todos y cada uno de los argumentos que avalan la hipótesis de la atribución errónea de *Los veintiún libros ...* al célebre relojero de Carlos V y reivindicar su autoría para Lastanosa, estamos ante un estudio que admite, indirectamente, una segunda lectura. Y es que bien puede recomendarse ésta a quienes deseen adentrarse en el mundo de la investigación histórica de la ciencia y la tecnología, pues en ella encontrarán un amplio despliegue de argumentos filológicos, históricos, científicos, técnicos, bibliográficos, incluso antropológicos, que son las herramientas del historiador, y los encontrarán

RESEÑAS

empleados con contundencia, de manera que al avanzar en su lectura aprenderá no sólo historia, sino que también, porqué no, aprenderá a investigar. A pesar de ello, no debe caerse en el error de considerar este trabajo como un estudio didáctico, sino que estamos ante la culminación de una labor continuada por numerosos archivos y bibliotecas, obra de un especialista, excelente conocedor de la época y la materia de la que nos habla.

García Tapia despliega sus argumentos a lo largo del libro siguiendo un orden narrativo cuasi detectivesco. Primero expone los aspectos menos claros que rodearon al manuscrito original, como son su carácter inconcluso o más bien de borrador previo a su publicación, las frecuentes erratas o incluso incoherencias que en ocasiones presenta, la ausencia de título y firma en los antiguos inventarios etc., rasgos todos ellos que parecen impropios de una obra atribuida a Juanelo Turriano, a la vez que formula hipótesis acerca del devenir verosímil de los acontecimientos que esclarecerían estos enigmas, como él mismo los denomina. A continuación, arropa los argumentos estrictamente filológicos (¿qué hace un individuo de origen italiano expresándose en un castellano con frecuentes aragonesismos?), los geográficos (¿por qué abundan las referencias geográficas a ciertos parajes de Flandes, Italia y, sobre todo, Aragón?), con los estrictamente relacionados con la historia de la ciencia y la tecnología (¿cuál es la relación entre el contenido de este libro y las grandes obras clásicas y contemporáneas de hidráulica?). Todo ello respetando en todo momento el orden de lectura del manuscrito original y siguiendo la misma estrategia de plantear los aspectos más oscuros de la atribución a Juanelo Turriano a la vez que adelanta las posibles características y circunstancias del autor que daría razón de ellos. La exposición del manuscrito original, junto con sus sucesivas modificaciones, es lo suficientemente detenida como para que el lector, que recordemos que en realidad no tiene delante un facsímil, pueda hacerse una idea cabal de su contenido e importancia tanto en su época como en relación con la posterior ingeniería hidráulica del siglo XVIII.

Por último, una vez expuesto el contenido de la obra junto con las pertinentes reflexiones, García Tapia retoma los avances que fue introduciendo en cada momento respecto al posible autor, reconstruye su perfil y sus andanzas y nos presenta a Pedro Juan de Lastanosa, ingeniero aragonés al servicio de Felipe II, cuya figura encaja extraordinariamente bien en el perfil trazado. Parajes, restos fósiles, construcciones, poblaciones, etc., que aparecen reproducidos en *Los veintiún libros ...* presentan tal grado de similitud con enclaves aragoneses que, incluso sin ser explícitamente mencionados, en la actualidad el autor ha podido identificarlos en Aragón, y en especial en la región próxima a Monzón, en Huesca, de donde era originario Lastanosa. Pero ¿quién es este Lastanosa?

Nacido en 1527 en Monzón en el seno de una familia numerosa con afanes de ennobecerse, Pedro Juan de Lastanosa trabajó con Jerónimo Girava, cosmógrafo e ingeniero hidráulico del emperador Carlos, primero en la península y luego en Bruselas, en donde entró en contacto con el círculo de matemáticos y técnicos flamencos al servicio de la corona así como con el erasmismo, corriente que le distinguió de los partidarios del lulismo a su regreso a la península. De Flandes se trasladó a Nápoles pasando por Milán y, tras adquirir sobrada experiencia, Felipe II le reclama a su servicio en 1563 con el título de «maquinario». Como tal estaba al corriente de los distintos proyectos y empresas de interés para la corona, tanto de ingeniería militar como de ingeniería civil, teniendo acceso por tanto a cierto tipo de información reservada, elemento que también interviene a la hora de esclarecer la autoría de *Los veintiún libros ...*. En la corte coincide con Juan de Herrera en el momento en que éste es nombrado arquitecto real y ejerce una fuerte influencia lulista en el monarca y en su entorno. A esta influencia se mantiene ajeno Lastanosa, fiel a sus inclinaciones erasmistas, e incluso tal vez «familistas», como se conocía al grupo encabezado en la corte por Arias Montano. Así pues, Lastanosa era un individuo con formación y experiencia técnica acreditada al servicio de la corona, que formaba parte de la corte y por lo tanto tenía acceso a cierto tipo de información reservada y mantenía relaciones con individuos muy influyentes en ella, si bien no formaba parte de la corriente lulista predominante encabezada por Juan de Herrera. Su trayectoria personal y profesional satisface los requisitos que debía reunir el misterioso autor. A su muerte, en

RESEÑAS

su escritorio se encontraba un manuscrito aún sin título, que fue inventariado por el escribano como «un libro de ingenios escrito a mano y encuadernado en pergamino con cintas verdes».

¿Es esta la obra en cuestión? Tras la minuciosa investigación de García Tapia pocas dudas quedan. En todo caso, sea cual sea la postura que cada lector decida adoptar, lo cierto es que *Los veintitún libros de Juanelo Turriano*, pues aunque no fuese ese su título original ni Turriano su autor es así como ha quedado para la posteridad, es una obra de enorme valor para la historia de la ingeniería no sólo española sino occidental, cosa de la que fueron conscientes los contemporáneos y sucesores del autor, y cuya importancia explica sobradamente el interés despertado entre los historiadores e incluso el apasionamiento en la discusión histórica. Gracias a este apasionamiento y a la constancia y el rigor en el trabajo hoy podemos disfrutar de este magnífico libro de Nicolás García Tapia.

Encarna Hidalgo

Museo Nacional de Ciencia y Tecnología. Madrid

JOSÉ GARCÍA GONZÁLEZ, ANTONIO ESPINO GRANADO, LALISLAO LARA PALMA, (eds.), *La Psiquiatría en la España de fin de siglo. Un estudio sobre la reforma psiquiátrica y las nuevas formas de atención en salud mental*, Madrid, Díaz de Santos, 1998, 406 págs.

La mitigación de los métodos usados en los manicomios —una de las instituciones más tenebrosas de la historia de la humanidad— siempre ha revestido caracteres heroicos. La imagen de Pinel liberando a los enfermos mentales de sus cadenas —imitada en la actitud de Lincoln, al romper la esclavitud— es sin duda uno de los símbolos más gloriosos de la revolución francesa. De igual modo, los movimientos que en los manicomios españoles se produjeron al final de la dictadura, y que fueron continuados por los legisladores en la etapa democrática, muestran los enormes esfuerzos que hubo que hacer, en momentos de cambio político, para desterrar viejas maneras y arcaicas instituciones. En este sentido, el libro que se nos presenta muestra bien los logros que médicos y políticos, apoyados por una sociedad que exigía cambios, han conseguido en las últimas décadas para mejorar la asistencia psiquiátrica. Se trata de un texto que recoge las recientes novedades que en la clínica mental ha habido, siendo sus páginas no sólo útiles al psiquiatra de hoy, sino también al historiador del futuro. Pues bien, antes de que el tiempo abandone en manos de los que nos dedicamos a la historia estos trabajos, es preciso comentar las notables aportaciones que para el médico del fin de siglo suponen.

Ha sido una indudable revolución la inmersión de la psiquiatría dentro del marco de la medicina comunitaria, pues esta especialidad —quizá más que otras— se entiende como un padecer de una comunidad humana. «Con otras palabras, escribe Carlos Castilla del Pino, si la psicosis es una enfermedad de un ser humano, los otros trastornos lo son de seres humanos también, pero en tanto 'miembros' de una determinada estructura y dinámica sociales» (p. xiv). Por esto, en las páginas de este libro vemos cómo esta enfermedad de la sociedad ha sido considerada dentro de la nueva psiquiatría comunitaria y, en este sentido, el papel que representan en el tratamiento la medicina general, otras especialidades, las organizaciones de ayuda (ONGs), así como el propio enfermo y su entorno familiar. La mejora de la relación entre enfermo y sociedad exige la inclusión de asistentes sociales y psicólogos, que permitan una adecuada ubicación del paciente. Sus problemas familiares, laborales o relacionales no pueden ser solucionados en una institución por

RESEÑAS

completo cerrada. Además, todo ello se inscribe dentro de las novedades legislativas –médicas y no médicas– que ha aportado la sociedad española, encuadrada ahora en un régimen político y autonómico distinto. La formulación de la Ley General de Sanidad de 1986 o el papel creciente de las nuevas autonomías son esenciales para entender los cambios en el mundo psiquiátrico. Los sucesivos ataques a la psiquiatría tradicional han venido desde una sociedad nueva, motivando el cambio institucional así como la necesidad del psiquiatra de salir a la calle, para localizar los nuevos focos de patologización –barrios y grupos marginados, emigrantes, problemas de paro y droga...– y, sobre todo, evitarlos y combatirlos.

Por esto, se trata de un libro que debe ser leído por el psiquiatra y el médico de hoy, quienes comprobarán en él esos caracteres de objetividad, sinceridad, honestidad y conocimiento técnico que presenta. Pero también podrán comprobar que no se trata de un libro sin contenido político, porque toda reforma social o institucional necesita un apoyo de tal naturaleza. Las dos grandes reformas de la psiquiatría española, la liberal –hecha con apoyo en la ciencia francesa– y la republicana –con hincapié en la medicina alemana– se hicieron en momentos de cambio político, tal como esta tercera. Y es preciso no olvidar que las reformas nunca terminan y que para ellas hace falta la ayuda de políticos y legisladores. En este sentido puede ser útil el análisis que la Junta Directiva de la Asociación Española de Neuropsiquiatría acaba también de publicar. Muestra cómo los tímidos esbozos de cambio de orientación promovidos en la asistencia psiquiátrica –sobre todo en sus aspectos más innovadores– corren un serio peligro en un momento en que la economía es de ajuste y la política se muestra muy «ancien régime». («Informe de la A.E.N. sobre la atención a la Salud Mental en España», RAEN, 67, julio-septiembre 1998, 563-565) Por esto se incluye en este libro un análisis de costes y un análisis comparativo entre diversas autonomías –Andalucía, Asturias y Madrid– e incluso con el panorama latinoamericano. Son suficientes aportes para recomendar este notable e inteligente volumen

José Luis Peset

Dpto. de H^a de la Ciencia, CEH, CSIC

RAFAEL HUERTAS; CARMEN ORTIZ (eds.), *Ciencia y fascismo*, Madrid, Doce Calles, 1998, 213 pp.

*Si la ética no gobierna la razón, la razón despreciará la ética*¹

Ética y razón son un binomio que, sin lugar a dudas, parece conjugarse mejor entre los hombres de letras que entre los de la «academia». Es posible que la frágil institucionalización o el escaso impacto que producen en la sociedad disciplinas, todavía emergentes en España, como la historia de la ciencia o la antropología, lleven a sus practicantes a buscar la legitimación de su actividad envolviéndose en un aura de neutralidad e imparcialidad, a menudo asociada a la «buena ciencia». El síndrome del «hombre de ciencia» en estado puro nos atenaza hasta el punto de hacer notables aquellas obras que comienzan expresando y surgen, además, de una posición ética concreta y explícita. Atreverse a manifestar, hoy, en una introducción que distancia crítica y compromiso social pueden ser dos dimensiones compatibles en un mismo libro parece contradictorio.

¹ José Saramago, *Cuadernos de Lanzarote (1993-95)*, Madrid, Alfaguara, p.580.

RESEÑAS

Ciencia y fascismo es, si lo analizamos desde esta perspectiva, un libro notable dentro de este panorama. Destacable, asimismo, por enlazar una preocupación actual, el crecimiento de los llamados «neo-fascismos», con la crítica, como escriben sus editores en la introducción, de la «justificación intelectual de la desigualdad social o la inferioridad racial» (p. 9).

Ciencia y fascismo es una obra colectiva surgida de un seminario que se celebró los días 9 y 10 de mayo de 1996 en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que, organizado por los Departamentos de Antropología y de Historia de la Ciencia de la mencionada institución, pretendía «presentar públicamente una respuesta rigurosa y veraz que desenmascare ciertas concepciones y los usos ideológicos ilegítimos que se [hacen] de sus resultados» (pág. 9). Sus autores, más que evaluar críticamente los argumentos científicos de origen totalitario, que siguen sin duda manifestándose en nuestras disciplinas, han optado por analizar «lo que el fascismo aportó realmente en materia científica» (p. 9).

Con todo, la obra que ahora reseñamos es consciente de la magnitud del tema propuesto y se limita a extraer conclusiones de un carácter más general a partir de una tipología de casos representativos aportados por unos especialistas que proceden de distintas disciplinas y que se agrupan en el Consejo en torno a dos proyectos de investigación financiados por la DGICYT. El primero de los proyectos, que se denominó «Antropología, política y colonialismo en los estados franquista y salazarista» (DGICYT PS93-0010) aportó seis de los doce artículos de los que se compone el libro, mientras que el segundo, «La biodiversidad ante la ciencia europea, un enfoque histórico» (DGICYT PB94-0060) contribuyó con dos más. Si a éstos añadimos los textos procedentes de otros proyectos e investigadores del propio Consejo, que suman otros tres, resulta innecesario destacar el talante de cooperación de un notable grupo de investigadores del Centro de Estudios Históricos, del Instituto de Filología, así como de otros especialistas que se sumaron a la obra. Ahora bien, dicha fortaleza genera, desde una perspectiva general, una debilidad en cuanto a la coherencia del libro como un todo. Mientras que el grueso del libro y de la reflexión se centra en torno al franquismo y el caso español, existe un bloque de cinco textos cuyo interés reside en ofrecer otros casos de estudio que nos permite ganar una cierta perspectiva comparativa. Por ellos, ya que son los cuatro primeros ensayos, empezaré mis comentarios a los artículos concretos.

Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper abordan, en el caso de la Cuba de principios del siglo XX, la relación entre delincuencia y racismo; para ello se valen de dos importantes figuras de la antropología y criminología cubana con una evolución divergente: Israel Castellanos y Fernando Ortiz. Si bien ambos se enfrentan a la difícil tarea de comprender la compleja sociedad cubana y la relación entre raza y delincuencia, Israel Castellanos terminará radicalizando sus posturas y proponiendo el control de la reproducción de los «seres inferiores», mientras que en Fernando Ortiz se observa una progresiva desaparición de la correlación raza y delincuencia.

Ricardo Campos se vale del caso de Edouard Toulouse (1865-1947), una de las figuras más importantes del higienismo y la eugenesia francesa (hoy olvidado), para reflexionar sobre «la legitimación de la desigualdad social por parte de la ciencia» (p.25). Le interesa tanto el contexto y características propias del proyecto utópico biocrático de Toulouse, como el marco general en el que el pensamiento autoritario científico se enfrenta a los valores democráticos.

Juan J. R. Villarías traza de modo meticuloso la evolución intelectual de José de la Riva-Agüero. Desde el liberalismo al fascismo, este intelectual peruano, mostró en opinión de Villarías, una notable coherencia intelectual que le llevó a asumir posiciones fascistas, adaptadas al caso peruano, contenidas por sus propias concepciones del pasado peruano e incaico.

La última de las aportaciones no dedicadas al franquismo o al fascismo ibérico, la que preparó Mercedes del Cura, aborda un caso más general: cómo el código penal, el llamado código Rocco, es producto, en primer lugar, de la preocupación por defender a la sociedad del criminal, en segundo, del diálogo entre las ciencias médicas y penales, y por último, del intento de mostrar en qué modo pudo surgir el código como producto de la colaboración entre el positivismo y el fascismo.

RESEÑAS

El segundo bloque al que me he referido, el que se centra en el caso español y el franquismo, se inicia con un excelente trabajo de Raquel Álvarez que aborda la relación entre la eugenesia y el fascismo en la España de los años treinta. En mi opinión, resulta destacable en este texto la relación que traza la autora entre el catolicismo, como una variante del pensamiento totalitario, y el fascismo.

Por su parte, Rafael Huertas, vuelve a un tema y un autor que ha merecido su particular atención, Antonio Vallejo Nájera, para mostrarnos el modo en el que se desarrolló «el pensamiento psiquiátrico <pre-franquista>»; esto es, el desarrollado en los años de la República por una extrema derecha que estaba sentando las bases de lo que más tarde sería el nacional-catolicismo español» (p. 98).

Hasta el momento todas las contribuciones que hemos glosado brevemente dentro de este segundo bloque se han centrado en el periodo previo inmediato a la la implantación del estado franquista. Con el artículo de Isabel Jiménez Lucena entramos de lleno en el primer franquismo. Su trabajo muestra la evolución de la medicina social franquista desde sus primeros planteamientos de abierto corte fascista o falangista, donde la principal preocupación residía en «legitimar un régimen implantado por la fuerza de las armas» (p. 111), a un progresivo enmascaramiento de los presupuestos ideológicos bajo una batería de argumentos técnicos y «científicos».

La relación entre el contexto en el que se desarrolla una disciplina, en este caso la antropología en España y Portugal, y la práctica de la misma tal y como fue avalada por el estado, es el caso que aborda de un modo comparado Luis Ángel Sánchez Gómez. La novedad de poner en paralelo el poco conocido caso portugués con el español y su lectura del desarrollo antropológico en la península ibérica son los aspectos más interesante de este artículo.

Gonzalo Ruiz Zapatero analiza un tema semejante, el de la arqueología y la construcción de un pasado prehistórico afín a los postulados de la España franquista. El autor relata dicha distorsión abordando primero los casos alemán e italiano para, tras mostrar el modo en que el pasado prehistórico se presentaba antes de la Guerra Civil y su relación con el nacionalismo español, entrar en la construcción de la prehistoria de la nueva España.

Carmen Ortiz, al tratar el folklore y el franquismo realiza un brillante análisis del modo en el que el franquismo se legitima a sí mismo construyendo un folklore «sin el pueblo». Nos muestra «cómo de esos conocimientos [folklóricos], con independencia de su cientificismo, el régimen totalitario extrae utilidades muy concretas para su práctica ideológica, su simbología, puesta en escena pública, mitología particular, etc.; cómo es instrumentalizado el *material* proporcionado por el folklore. En suma, qué folklore es el escogido por Franco» (p. 165).

El que he definido como segundo bloque se cierra con una excursión por los temas favoritos de la historiografía artística de la postguerra en España. Javier Portús traza un panorama que, por bien conocido, no deja de ser menos interesante ya que nos muestra en qué modo el énfasis nacionalista de la época hizo abandonar a los historiadores del arte de sus preocupaciones previas, más centradas en los aspectos formales y positivistas.

El libro se cierra con un estudio de Francisco Castilla sobre Julio Caro Baroja y el carácter nacional. Si bien algo descentrado con respecto a los anteriores trabajos, este capítulo final nos ofrece el modo en el que un intelectual relativamente marginal del régimen pugnó por ofrecer en su trabajo un visión de España menos homogénea y simplificada que la que pretendía imponerse desde círculos oficiales.

Se trata, en suma, de un libro estimulante y que ofrece una perspectiva relativamente amplia, pese a su brevedad, del modo en el que el conocimiento científico y, más concretamente, ciertas disciplinas, se relacionaron con el fascismo o el pensamiento totalitario previo en España, Portugal, Francia, Cuba o Perú. A pesar de la modestia con la que plantean el libro sus editores, creo que esta obra se puede enmarcar con toda dignidad dentro de un proyecto más ambicioso: el que estudia la evolución y consolidación de los estados nacionales desde el siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial. Gracias a muchos de sus artículos podemos trazar, en disciplinas concretas, el modo en el que el conocimiento científico colabora y/o se relaciona con la construcción estatal y la forma en la

RESEÑAS

que el fascismo en particular participó en la tarea de controlar el comportamiento individual. El libro también esboza una distinción interesante entre aquellas disciplinas que pudieron aportar una fundamentación o legitimación del fascismo desde sus conocimientos más técnicos, como son la biología, la antropología física, la medicina, la psiquiatría o el derecho; y otras, más humanísticas o ideológicas, como el folklore, la arqueología o la historia, que tuvieron un papel más orientado hacia la legitimación de un sistema político autoritario.

Su lectura ofrece una perturbadora sensación de cercanía y distancia. Cercanía de una historia y un mundo en el que hemos crecido una gran cantidad de españoles, distancia por ver reflejados unos usos y opiniones que hoy, afortunadamente, pueden resultar cómicos pero que, de algún modo, pueden lastrar unas costumbres más democráticas. Bajo esta perspectiva sería deseable ver en el futuro otras obras en las que se explorase qué subyace de esa visión fascista o autoritaria en la España actual y el modo en el que la población se relacionó con el mundo que ese estado diseñó para ellos.

Fernando Monge
Dpto. de Hª Moderna y
Contemporánea, CEH, CSIC

VOLKER ZIMMERMANN (ed.), *Paracelsus. Das Werk - die Rezeption*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1995, 228 pp.

El origen de este volumen está en la celebración en la Universidad de Basilea en 1993 de los 500 años del nacimiento de Theophrastus Bombastus von Hohenheim (1493-1541). Personaje complejo, entre el sabio y el alquimista, es considerado central en el nacimiento de la medicina moderna europea. Reacciona contra el aprendizaje servil en las páginas clásicas y quiere una medicina que se base más en la experiencia y en la naturaleza. De ahí surgen novedades tan notables como la persecución de enfermedades y remedios específicos, activos y nuevos, el hallazgo de muchas nuevas causas de enfermedad, su descripción y tratamiento y un interés notable por la introducción de la química en medicina. Personaje, como digo, de enorme ambigüedad, ha atraído la atención a científicos, sabios y escritores.

Aspectos diversos de su vida y de su obra son tratados en esta recopilación. Su relación con Basilea, con la filosofía y la medicina de la época enmarcan la figura. Se analizan con cuidado su interés por las nuevas enfermedades, su concepto del hombre y el cosmos, su aproximación a la teología y la filosofía del momento,... también sus fuentes, así como las influencias en su época y su legado para el futuro. Hay que señalar los capítulos dedicados a contraponer la figura de Paracelso con el otro gran reformador del pensamiento y de la lengua alemanes en la época, Martín Lutero. No se olvida tampoco el papel literario representado por la brillante figura germana. Índices de conceptos principales y de personas citadas completan la obra. Se trata de una importante aportación al conocimiento de un importante médico, así como del nacimiento de la medicina y la cultura europeas modernas.

José Luis Peset
Dpto. de Hª de la Ciencia, CEH, CSIC

ERNEST SÁNCHEZ SANTIRÓ, *Científics i professionals. La Facultat de Ciències de València (1857-1939)*, València, Universitat de València, 1998, 368pp.

La Universitat de València cumple este año los quinientos años de la decisión de su municipio de poner en marcha las gestiones que dieran como resultado la implantación de un Estudio General en su ciudad, el cual iba a abrir sus puertas en 1503. Este lapso de tiempo va a ser aprovechado desde el rectorado para organizar un conjunto de eventos que celebren tales efemérides y se ha considerado que una de las iniciativas que mejor ayudarán a dejar un recuerdo de esta empresa, es la edición de una colección dedicada a profundizar en el conocimiento del hecho universitario. La primera entrega ha puesto en la calle el libro que comentamos junto con las actas del II Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas celebrado en Valencia en 1995 y un volumen dedicado a Luis Vives, que recoge los trabajos presentados a un curso de la UIMP de Valencia en 1991. En este momento, además, está a punto de aparecer una edición que reúne los distintos textos normativos que han regido la vida de la Universidad, compuesta por un grupo de especialistas coordinado por Mariano Peset, quien también dirige una historia de la Universidad, en la que colaboran la mayor parte de, sino todos, los historiadores que han dedicado sus esfuerzos al estudio de esta institución. Estos son los proyectos de los que tengo noticia.

El libro que ahora nos ocupa, es la versión de la tesis de doctorado de Ernest Sánchez, que realizó bajo la dirección del conocido investigador de la cultura y de la Universidad de la época contemporánea, Marc Baldó, quien además firma el prólogo que abre el libro, y, según las propias palabras del autor, se trataría de un encargo hecho por la Facultad de químicas para celebrar el centenario de la implantación de la Facultad de Ciencias en 1895. El resultado ha sido un estudio institucional equilibrado, en el cual el lector no hallará el análisis sobre los contenidos de los trabajos que se efectuaban en el seno de la Facultad o en sus enseñanzas, ya que el autor advierte que no está preparado para ello, pues su formación es la de un historiador. Hecha tal salvedad, hay que decir que el libro profundiza en tal institución, examinándola tanto desde su mecánica interna, como pulsando las vicisitudes vividas por sus protagonistas: profesores y estudiantes, y señalando las conexiones con la sociedad en la que se sitúa: actividades políticas, inquietudes culturales, salidas profesionales, relaciones con otras instituciones ciudadanas y presencia de la Facultad en la vida económica. Como vemos todo un programa.

Hemos de aceptar que nos encontramos ante un estudio centrado en una Facultad, lo que supone una perspectiva de análisis institucional bastante inaudita, pues existen muy pocos trabajos que centren su atención en un ámbito tan restringido como una Facultad, ya que lo habitual es que focalicen su atención sobre el conjunto universitario. Quizá la excepción más destacable sea la medicina, en la que, la larga tradición de estudios histórico médicos ha posibilitado la aparición de un mayor número de monografías dedicadas a la formación del médico e incluso al examen de su organización universitaria, es decir de su Facultad. Algo similar, aunque por razones distintas, ocurre con las escuelas de ingenieros.

La institución como tal es observada en la primera parte del trabajo, en la que se ocupa de la evolución de los estudios científicos en el periodo considerado, escogiendo las fechas más características, que van marcando las distintas etapas por las que avanzó la enseñanza científica superior en esta Universidad, partiendo de una primera época, en la que las autoridades no tenían clara cuál era la utilidad de este tipo de estudios, hasta que a partir del regeneracionismo y el triunfo de las propuestas positivistas en sectores cada vez más amplios de la población, la Facultad fue asentándose hasta su plena consolidación entre 1923 y 1936. En cuanto a los ingresos, también hemos de esperar a los años noventa para que los ingresos por matrícula superen a las otras partidas, al tiempo que también aumentarán las vías de financiación; aunque ello se producía en un marco de raquitismo presupuestario generalizado, pues una parte muy significativa, incluso en algunos años, el

RESEÑAS

total de los gastos respondía al apartado de los sueldos del personal, siendo excepcionales las partidas importantes dedicadas a la adquisición de material. A partir de los años veinte, sin embargo, comenzamos a ver cómo son cada vez mayores las cantidades dedicadas a instrumental, viajes, conferencias, becas, etc.

El segundo apartado trata de la carrera profesional. Comienza repasando las distintas categorías del profesorado y pone el acento sobre la política de la República en pos de la estabilidad de los auxiliares. Después hace un estudio prosopográfico, que nos pinta un perfil de profesores procedentes en buena parte de localidades del País Valenciano, pero que en su mayoría han estudiado en Madrid, como nueva prueba de las consecuencias que tuvo el fuerte sistema centralista impuesto desde los gobiernos isabelinos. En cuanto a su origen social, nos encontramos con una presencia mayoritaria de hijos de profesionales liberales, propietarios y comerciantes, mientras que apenas se hallan miembros de familias labradoras o artesanales. Este perfil se repite de forma bastante exacta cuando nos acercamos a los estudiantes. La integración social del profesorado es vista desde el proceso de constitución de una comunidad científica que desde el principio colaboró con el asentamiento del capitalismo valenciano, sobre todo en el campo de las mejoras agrarias y de los abonos. Por otra parte, su compromiso con la compleja vida política del periodo considerado también es abordado ampliamente.

Los estudiantes ocupan la última parte del estudio, tanto en su paso por la institución educativa, como siguiéndoles posteriormente, una vez conseguido el título universitario. Tras un primer acercamiento cuantitativo, en el que se consideran las matrículas —unos 8.000 pasaron por sus aulas— y se desciende al perfil geográfico y económico social, el autor se va a centrar en el relato de la vida estudiantil, en las asociaciones formadas por los estudiantes, a su actitud ante los avatares políticos y a los conflictos surgidos, especialmente durante la República. Por fin, los graduados son tratados con parámetros similares: su número, su dedicación profesional, el asociacionismo y la colegiación. El estudio se termina con un resumen prosopográfico del profesorado, una bibliografía suficiente y bien elegida, y un índice onomástico.

Tras la lectura de este resumen, al lector no le extrañará que Ernest Sánchez llevara a cabo la elaboración de su tesis de licenciatura gracias a una beca de iniciación a la investigación del CSIC, lo que le permitió entrar en contacto con los Institutos de Valencia y de Madrid y, en menor medida, de Barcelona. Así pues, el especialista en historia de la Ciencia encontrará acercamientos que ya son muy habituales en la disciplina, complementados con los análisis propios de la historia política y social, en los que se aprecia una elaboración más acabada de los apartados dedicados a estos temas. Ello es normal si tenemos en cuenta la formación del autor, pero además es la mejor forma de integrar una institución como la Universidad en la sociedad en la que está situada y a la que sirve. Esperemos que el ejemplo cunda y en un plazo razonable de tiempo, podamos contar con un número suficientemente significativo de monografías dedicadas al examen de las diferentes Facultades de Ciencias, que permitan llevar a cabo estudios de conjunto y perfilar mejor nuestro conocimiento sobre el desarrollo de la ciencia española en la era contemporánea.

Vicente L. Salavert Fabiani

*Instituto de Estudios Documentales e Históricos
sobre la Ciencia (CSIC-Universitat de Valencia)*

RESEÑAS

GALENO, *Sobre la localización de las enfermedades (De locis affectis)* (introducción de Luis García Ballester, traducción y notas de Salud Andrés Aparicio), Madrid, Gredos, 1997, 462pp.

Señala en su introducción Luis García Ballester, el interés de poner los textos galénicos al alcance del lector español. Sin duda, junto a Hipócrates, se trata del médico con nombre más famoso en la historia de la medicina; tanto es así que los médicos son con frecuencia calificados de galenos. Constituye este autor; no sólo la cima de la medicina clásica, sino también los estudios obligados de todo estudiante médico hasta bien entrado el siglo XVIII. Cuando las obras de Boerhaave sustituyen en la docencia médica, como señala Pedro Laín Entralgo, a los textos galénicos, se puede decir que empieza la modernidad para médicos y cirujanos. Pero antes era preciso referirse al sabio de Pérgamo como indudable referencia clásica.

Nos proporciona García Ballester un ameno relato de su vida y su obra, trazando con claridad sus orígenes griegos y su madurez romana. Personaje de amplios conocimientos, filósofo, anatomista y patólogo, la enorme complejidad de su obra puede con sencillez ser abordada en estas páginas. Además, nos centra en los principales aspectos de su doctrina médica, la relación con la filosofía de la época, la utilización de la mente por el médico, los conceptos de diagnóstico y pronóstico, etc. Se trata de un útil estudio para quien quiera comprender la medicina antigua. En fin, una extensa sección dedicada al hipocratismo galénico confiere un gran interés a la introducción.

Es de admirar también la calidad de la traducción de Salud Andrés Aparicio, quien sin duda se enfrenta con enormes dificultades en el griego teórico y técnico de Galeno. Es muy de apreciar este esfuerzo, que permite al lector español no sólo manejar frecuentes traducciones del más afortunado Hipócrates, sino comenzar a leer las páginas del discípulo. Los índices de nombres propios, escuelas y términos médicos son de utilidad. Y mucho más las abundantes notas en que se aclaran con gran eficacia términos y se buscan fuentes y referencias. Sin duda, hay que felicitar una vez más a la Biblioteca Clásica Gredos por el papel tan importante que está desempeñando en facilitarnos el acceso a los lectores españoles a los clásicos más notables.

José Luis Peset

Dpto. de H^a de la Ciencia, CEH, CSIC

G. L. LECLERC conde de BUFFON, *Las épocas de la naturaleza* (edición de Antonio Beltrán), Madrid, Alianza Editorial, 1997, 429 pp.

Con elogios al natalicio del autor y otros parabienes anunciaba la crítica literaria la inminente aparición de *Les Époques de la nature*, la nueva obra de Buffon, pues ya se había ocupado el conde de anticipar copias manuscritas para preparar el terreno; tal y como narra Jacques Roger en la edición de 1962 (Buffon, *Les Époques de la nature*, París, Muséum National d'Histoire Naturelle, reimp. 1988, p.cxxix). El libro se publicó en 1779 y proseguía el camino iniciado en el discurso sobre *Histoire et théorie de la terre* incluido en el tomo primero, 1749, de su conocida *Histoire naturelle, générale et particulière*, pero transcurridas tres décadas los ojos de la mente con los que Buffon estudia la naturaleza no discernen el nuevo horizonte geológico finisecular y *Las épocas* fue acogida con estima hacia el autor e incredulidad por su sistema (Roger, p. cxxx).

RESEÑAS

Sin la algarabía original, la aparición de la traducción castellana de *Las épocas de la naturaleza* es un acontecimiento para nuestra historia de la biología por dos motivos. En primer lugar debemos considerar el lamentable panorama editorial sobre fuentes históricas que se cierne sobre la disciplina, situación definida por la escasez y precariedad de unas publicaciones que difícilmente se mantienen en el mercado. Afortunadamente todavía se encuentran en catálogo la aristotélica *Historia de los animales* (Akal, Madrid, 1990), la *Historia de las plantas* de Teofrasto (Madrid, Gredos, 1988), *El tratado del hombre* de René Descartes (Madrid, Alianza, 1990), la *Micrografía* de Robert Hooke (Madrid, Alfaguara, 1989), la *Filosofía zoológica* de Lamarck (Barcelona, Alta Fulla, 1986) y otros textos de Maupertuis, Rober Boyle, Newton, o Galileo, por ejemplo. Pauperrimo bagaje. Aunque siempre nos quedará el consuelo de *El origen de las especies* de Charles Darwin, reeditado con profusión en el último cuarto de siglo¹. El conde de Buffon había sido agraciado, hasta ahora, con la traducción de sus escritos antropológicos, publicada en 1986 con el título *Del hombre* (México, Fondo de Cultura). *Las épocas de la naturaleza*, cubren, pues, al menos temporalmente, un déficit histórico con uno de los personajes más emblemáticos de las ciencias naturales durante el siglo XVIII, cuyo ideario influyó en contemporáneas y sucesivas generaciones de naturalistas. El segundo factor a tener en cuenta es la calidad de la edición, realizada a partir de la referida versión francesas de 1962. Su bondad se percibe tanto en significativos detalles de composición —se incorporan una completa bibliografía, un práctico índice onomástico y una no menos útil cronología, incluyéndose la paginación correspondiente a la edición original—, como en la elaboración de un amplio y enriquecedor estudio introductorio que merece capítulo aparte.

Uno de los valores de la edición, no siempre positivo, radica en la introducción preparada por Antonio Beltrán, a quien no le pediremos que se vaya con la música a otra parte (imposible tratándose de Verdi, Puccini, y Strauss) como apunta en el apartado de agradecimientos. Con un estilo fluido, claro y ameno, se suceden y relacionan el esbozo biográfico junto al ideario buffoniano, colocando el acento en la confrontación Linneo-Buffon y en el análisis de los principios geológicos expuestos en *Las épocas*, y cuestionando la presunta condición evolucionistas del conde. Un desarrollo intelectual que, en gran medida, es deudor de Jacques Roger (*Les sciences de la vie dans la pensée française au xviiiè siècle*, París, Armand Colin, 1963). En el marco de la llamada por Phillip R. Sloan «The Buffon-Linneaeus Controversy» (*Isis*, 67 (1976): 356-374), Beltrán repite una imagen conocida: la modernidad representada por Buffon frente a un anticuado Linneo incapaz de ir más allá de su sistemática fijista. Se conforma así un esquema maniqueo —habitual en el análisis histórico y del que no participamos—, poco o nada favorable al botánico sueco que oculta propuestas innovadoras como su teoría sedimentaria de los sargazos, su contribución al desarrollo taxonómico del orden *Anthropomorpha*, su capacidad para asimilar la especiación al modelo fijista convirtiendo la Creación en un proceso temporal regido por la hibridación (véase su obra *Disquisitione de sexu plantarum*), o que su contribución a la botánica superó el ámbito sistemático abordando cuestiones como el clima y la distribución geográfica de las plantas. El sistema sexual de Linneo fue descalificado por sus adversarios acudiendo a su artificialidad. Juicio aislado que la historiografía tradicional recoge como enseña linneana olvidando que no fue un capricho, una idea genial, sino la consecuencia de un intenso debate científico sobre el problema de la sexualidad de las plantas ocurrido en las primeras décadas de 1700. La idea de clasificación implica la cualidad del orden; que coincida con la naturaleza es relativo y se convierte en un problema conceptual inherente a cada época; prueba de ello son los tres diferentes enfoques que los biólogos emplean actualmente para clasificar a los seres vivos: cladismo, fenética y taxonomía evolutiva. No resulta ecuanime criticar a Linneo por someter la naturaleza a un criterio anatómico-práctico, ni los siste-

¹ También han merecido tratamiento editorial otras obras de Darwin como *El origen del hombre y Viaje de un naturalista alrededor del mundo*.

mas precedentes ni los inmediatos son menos artificiales si consideramos la teoría de la evolución como principio evaluador. Al fijismo de Linneo contraponen Beltrán la figura de un naturalista displicente con el *Génesis* hasta plantear el posible vínculo genésico de los miembros que componen la cadena de los seres, aunque no lo suscriba. Para Buffon, como ha formulado Giulio Barsante (*La scala, la mappa, l'albero. Immagini e classificazioni della natura fra sei e ottocento*, Florencia, Sansoni, 1992), la naturaleza no es una mera secuencia de organismos progresivamente más complejos relacionados linealmente: su esquema adquiere la forma de un mapa, de una red, para expresar la diversidad de tipos y de conexiones que caracterizan a los seres vivos. No se trata del evolucionismo que representan primero Lamarck, no le olvidemos, y más tarde Darwin –en este intervalo nombres como Etienne Geoffroy Saint-Hilaire, Frédéric Gérard², Heinrich-Georg Bronn y el propio Alfred Russel Wallace, pluralizan una teoría de la evolución históricamente enferma de individualismo–; Buffon ni siquiera tiene la patente de esta nueva representación del orden natural, que es un concepto intuitivo sustentado en vínculos imaginarios acordes al desarrollo y permisividad de la disciplina en ese momento –el origen hay que buscarlo en Vitaliano Donati e, incluso, acudir al propio Linneo (Barsanti, pp.43 y ss)–. Buffon nos ofrece una conceptualización racional-mecanicista de la vida terrestre sujeta a una periodización, siete épocas, ocultando a Dios detrás un pasado remoto y sustituyéndole por el mito de una naturaleza que ejerce su acción a través de fuerzas físicas que modelan la materia en la dirección y el sentido apropiado. El proceso lo analiza Beltrán en relación a la precedente *Historia y teoría de la tierra* y el contrapunto de la *Telluris theoria sacra* de Thomas Burnet. La conclusión lleva, inevitablemente, a preguntar por la condición evolucionista de Buffon. La respuesta conduce a la paradoja expuesta por Ernst Mayr en su *The Growth of Biological Thought*, afirmando su adscripción no evolucionista junto a su cualidad de padre de la evolución, ambigüedad justificada por la reiterada exposición transformista relativa al origen de las especies y la simultánea y concluyente negación del fenómeno que el naturalista hace a lo largo de su *Historia Natural*. ¿Miente Buffon? Poco importa si consideramos que lo sustantivo radica no tanto en la persona como en la difusión de su pensamiento. Así, el ideario buffoniano representa, quizás sólo desde la negación, una interpretación transformista de la materia en general y de la vida en particular, conocida y debatida por la comunidad científica. Como hemos afirmado en alguna ocasión³, su objetivo no era construir una teoría sino abrir nuevos horizontes para la historia natural.

Si, como afirma Jacques Roger (p.xliii), *Las épocas* son una síntesis de los conocimientos y las ideas de Buffon, ahora este ideario está disponible en castellano para el disfrute de los especialistas y del público en general, y sería oportuno que el proyecto editorial tuviese continuidad en la edición de una recopilación de artículos de su *Historia natural*, siguiendo el ejemplo de la preparada en francés por Jean Varloot (Buffon, *Histoire naturelle*, París, Gallimard, 1984).

Andrés Galera

Dpto. de Hª de la Ciencia, CEH, CSIC

² No fue necesario esperar a Darwin, para que el fenómeno de la extinción tuviese consecuencias evolutivas. Gérard, un ignorado botánico y micrófago francés, por ejemplo, en su *théorie de l'évolution des formes organiques*, 1844-5, introduce el concepto de movimiento evolutivo para explicar la aparición de formas nuevas por transformación, sustitución, de las precedentes; véase Goulven Laurent, *Paléontologie et évolution en France de 1800 a 1860*, París, CTHS, 1987, pp. 383 y ss.

³ Andrés Galera, «Reflexiones sobre el modelo sistemático, el concepto de especie y el mecanismo de la reproducción en el siglo XVIII», *Nouveau monde et renouveau de l'histoire naturelle*, París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 3: (1994), 97-130.

RESEÑAS

ANTONIO BUJ BUJ, *El Estado y el control de plagas agrícolas. La lucha contra la langosta en la España Contemporánea*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación / Dirección General de Sanidad de la Producción Agraria / Subdirección General de la Sanidad Vegetal, 1996, 348 pp.

SANTOS CASADO DE OTAOLA, *Los primeros pasos de la ecología en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación / Secretaría General Técnica / Residencia de Estudiantes, 1997, 529 pp.

VICENTE CASALS COSTA, *Los ingenieros de montes en la España contemporánea (1848-1936)*, Barcelona, Ediciones del Serbal / Asociación y Colegio de Ingenieros de Montes, 1996, 432 pp.

El siglo XIX conoce los intentos de crear en España una agricultura moderna, que se pensaba posible gracias a la desamortización y a la creación de un capitalismo financiero potente. Si bien a la larga predominó el empuje de algunos cultivos monopolistas y las tierras españolas comenzaron un duro proceso de desecación, es evidente que muchos científicos y técnicos intentaron aportar sus conocimientos para mejorar las condiciones de nuestros cultivos. Agrimensores, geógrafos, naturalistas, ingenieros, políticos... aunaron sus esfuerzos para evitar los daños tradicionales de nuestro agro, como las sequías y las plagas, por introducir cultivos, por conocer los existentes y por mejorar su explotación. El descuido y la rapiña fueron criticados, pensando en la naturaleza como un ser vivo al que proteger. Fue una época en que la ciencia natural y agronómica mejoró mucho, así como la tecnología aplicada. Desde trabajos intensivos hasta introducción de nuevas plantas, pasando por la maquinaria y los insecticidas que se inventan, grandes novedades surgieron a lo largo del paso del período moderno al contemporáneo. No es extraño que tres magníficos libros hayan surgido en los últimos años, relacionados con los problemas del campo español. Sin duda, desde la geografía, el papel representado por Horacio Capel, siempre preocupado por novedades temáticas y metodológicas, ha supuesto un importante apoyo para estos trabajos. Su infatigable optimismo a la hora de encarar la historia científica de España, se refleja bien en las páginas que voy a comentar.

El libro de Antonio Buj Buj titulado *El Estado y el control de plagas agrícolas. La lucha contra la langosta en la España contemporánea* se ocupa del esfuerzo público realizado por controlar una de las más temidas plagas bíblicas. Trabajando desde la geografía de los riesgos y las calamidades, ha entendido el papel de los geógrafos en conocer y evitar las desgracias que al campo afligen. Estudia el conocimiento histórico de la langosta, pasando de la historia natural a la actual entomología, señalando la importancia que en el desarrollo de esta disciplina tuvo la filoxera. Expone las fuentes de crónicas, viajeros, misioneros y militares, así como la actividad de científicos en el conocimiento de la langosta. El papel de Ignacio Bolívar y Urrutia y el VI Congreso Internacional de Entomología de Madrid de 1935 son subrayados. El tema de la langosta fue importante en sus sesiones, tema que no se abandonó, pues en el siguiente celebrado en Berlín en 1938 también estuvo presente.

Si bien la constancia de la preocupación por las plagas se remonta a Felipe II, es en la instrucción de 1755 cuando se plantea una lucha moderna contra ellas. Luego, una serie de cuerpos e instituciones se encargaron del combate. En las páginas del libro se estudian la Escuela especial de Ingenieros Agrónomos y la Estación de Patología Vegetal. La legislación continuó con la Ley de extinción de la langosta de 1879 y la Ley general de plagas del campo de 1908. La campaña de 1922-23 intentó solucionar este problema. Pero se trataba de una preocupación internacional, pues

RESEÑAS

las langostas africanas maltrataban los cultivos europeos y los de sus colonias. Era necesario, por tanto, internacionalizar la lucha. Fueron importantes el Instituto Internacional de Agricultura de Roma (1916) y los diversos comités y conferencias internacionales. Se considera que la internacionalización definitiva se produce en la conferencia de Bruselas de 1938. La presencia en el Congreso de Madrid de 1935 de Boris P. Uvarov, y el buen conocimiento de sus obras y proyectos que aquí se tuvo, hizo que la lucha contra la langosta adquiriese carácter científico en la década de los treinta, si bien la guerra civil complicó esta tendencia, volviendo las campañas tras su fin, dependientes de la Sección de Fitopatología y Plagas del Campo.

Resulta interesante la existencia de tan antiguas leyes, pero también el interés de diversos sabios por mejorar la situación del campo. Así se puede señalar la indicación de Ignacio de Asso de que la langosta es presa favorita de diversas aves, cuya cría y fomento debía ser un programa a promocionar. Señala el autor la continua preocupación de particulares y gobernantes por tan grave calamidad. «Esa continuidad hizo de España un país adelantado en la lucha contra la plaga de langosta, lo que se materializó de manera clara a partir de la primera mitad del siglo XX. Posteriormente, la aplicación de políticas preventivas de carácter científico ha evitado que el problema adquiriese las dimensiones del pasado». (p. 317)

Muy cercano es el libro de Santos Casado de Otaola, *Los primeros pasos de la ecología en España*, pues se ocupa de la novedad que la historia natural y la geografía conocieron con las novedades de la ecología. Con una orientación metodológica distinta, puesto que aquí se analizan más bien obras de personajes notables, su aportación amplía la de la obra ya comentada. Al aparecer esta nueva forma de entender la naturaleza, debía haber sido complementaria de la de los naturalistas españoles del siglo XIX. Pero así como la historia natural y la biología -como mostraron José Sala Catalá y Alfredo Baratas- fueron capaces de admitir las novedades que el evolucionismo suponía, no lo fueron de introducir el cambio esencial que el criterio ecológico permitía. La obra inicial de Odón de Buen y de Joaquín María Castellarnau no se consolidó. Los intentos de Celso Arévalo y de Emilio Huguet del Villar fracasaron en su lucha contra el trabajo tradicional de los naturalistas, heredado de la Ilustración. Los estudiosos de la flora española, en general, tan sólo han sido capaces de coleccionar y clasificar plantas, siendo indiferentes a los estudios de carácter fisiológico o ecológico. Los denuetos de estos autores contra los Gabinetes y Jardines, que son considerados «cementerios» de seres supuestamente vivos, pues de tal no tienen sino la forma, muestran su posición. Una flora que tan sólo contenga elementos de clasificación y nomenclatura no supone una historia natural moderna.

No es extraño el accidentado paso y el fracaso de E. Huguet del Villar -personaje estudiado por J. Martí Henneberg- por el Museu de Ciències Naturals de Barcelona. Pero allí aplica las novedades ecológicas a la vegetación ibérica. Preocupado por los condicionamientos físicos, pudo demostrar que la pretendida estepa central no era sino destrucción del primitivo monte. Introduce la teoría sucesionista de Frederic E. Clements, quien defiende que toda agrupación vegetal es un superorganismo que posee un propio sistema de sucesión en el tiempo. Podemos señalar que estas teorías encuadraban bien en la historia natural que se hereda de la Restauración, pues personajes como el geólogo Salvador Calderón y Arana -hace poco estudiado por Julio Simó Ruescas- y sus amigos cercanos a la Institución Libre de Enseñanza dieron este carácter vivo y evolucionista a la Tierra. El pensamiento teórico y las aportaciones principales de Huguet del Villar quedaron compendiadas en su libro *Geobotánica* de 1929. Sin embargo, no es muy optimista la conclusión de Santos Casado. «Además de la comparativa debilidad de la primera etapa de la ecología en España respecto al estado que esta ciencia había alcanzado ya por entonces en otros países, hay que justificar las especiales limitaciones que le afectaron dentro de la propia comunidad científica española. (...) El número de investigadores dedicado a disciplinas histórico-naturales había crecido, y se habían consolidado las instituciones y estructuras asociativas y profesionales que les servían de base, y sin em-

RESEÑAS

bargo la orientación ecológica, que suponía una vía de modernización, apenas halló un hueco, un nicho, para decirlo en términos ecológicos, en la comunidad de naturalistas». (p. 440)

Un personaje que aparece en este libro, puede servir de unión con el de Vicente Casals Costa titulado *Los ingenieros de montes en la España contemporánea (1848-1936)*. Me refiero a Joaquín María Castellarnau (1848-1943), científico que en su muy larga vida profesional supo dar cabida a todas las novedades que el estudio de los montes permitía. Buen estudioso de la botánica y la fisiología de la época, conoció tanto las novedades técnicas que como la microscopía aparecían, como los cambios teóricos que se estaban produciendo en las ciencias del momento. Fue un buen defensor -si bien con entusiasmos y renuncias- del evolucionismo, tanto de la lucha por la vida de Darwin, como de los complejos monismos y teleologismos de Haeckel. Habiendo vivido las crisis del darwinismo y del positivismo, supo también incorporar las novedades que la descripción de mutaciones y la formulación del neovitalismo supusieron para la embriología. Fue también estudioso de las novedades de la adaptación y de la ecología en general.

Este interesante científico se encuadra en el estudio que el autor hace de los ingenieros de montes desde el período de consolidación de las escuelas especiales en la época isabelina, hasta la guerra civil. Los ingenieros son personajes modernos, que participan en los cambios técnicos, sociales y económicos del momento, siendo buenos conocedores de la ciencia reciente. Grupos de elite, bien relacionados, con buenos sistemas de agrupación y propaganda, cuidaron de tener siempre una formación apropiada. Educación que oscilaba entre la ciencia y la práctica, con un cerrado cuerpo intermediario entre el gobierno y la sociedad. No es extraño que se preocuparan con insistencia en la introducción de la ciencia en sus aulas, e incluso más de los exámenes de ingreso, que eran esenciales para mantener el control de una profesión acomodada y restringida.

El real decreto de 1847 establecía dos años de matemáticas, uno de ciencias naturales y uno de estudios forestales. Eran necesarias las materias fundamentales, pero también las que conferían una adecuada especialización en las actividades prácticas posteriores. Esta insistencia en la especialización que en los estudios propios de cada ingeniería se debía realizar, era característica propia de todos los reformadores. La actuación de los ingenieros de montes era especialmente delicada en una España con un agro en peligro, en el que los procesos de desamortización y deforestación estaban haciendo peligrar de forma grave los recursos naturales. En este sentido es comprensible el papel que estos técnicos representan frente a estos procesos económicos y políticos que hacen peligrar la manutención y la salubridad de la población española. Más tarde, la Restauración añade más estudios científicos y favorece el incremento del cuerpo, mientras en la Dictadura aumenta desde el conjunto de ingenieros de montes la protección de la naturaleza y la propaganda en defensa de los profesionales.

Como señaló Luis Urteaga, dos tendencias se oponen respecto a la consideración de la naturaleza, la Ilustrada y la Romántica, la que pretende dominar y la que quiere respetar. Al cambiar el siglo, los sabios españoles se dan cuenta de que la naturaleza sufre y que es preciso cuidar el campo, pues el hombre también es un ser natural. En su largo monólogo con la naturaleza, el científico se da cuenta de que al destruirla se destruye a sí mismo. Pero sin embargo, España cambiaba demasiado lentamente y el siglo XX ha sido una época de crueles contrastes.

José Luis Peset

Dpto. de H^a de la Ciencia, CEH, CSIC.